

José María Monner Sans

Pastiches cometidos

A LA MANERA

de José Ortega y Gasset, en cualquier libro posterior a 1916:

«No elucidaré hoy el problema, que apenas rozo en este ensayo de ensayo. Quede, pues, aquí casi intacto. Ya algún día habrá coyuntura propicia para decir sobre él lo que hasta ahora nadie siquiera ha entrevisto en su contorno y lo que nadie ha descubierto—con perspicua visión—en su dintorno».

Pero pasan los años y tal amenaza no se cumple. Porque el ex maestro español aspira al soberbio vuelo del águila y, como sabemos, concluye por contentarse con el modesto revoloteo de la mariposa.

• • •

Del mismo Ortega, en un discurso de 1928 ó 1938... ó 1948:

«Cuando en mi primer periplo llegué a estas tierras americanas, las aguas se deslizaban, mansa y turbiamente, por los cauces de la cultura. Bajo la opaca superficie nadie hubiera presentido la corriente promisoras de un probable filosofar incipiente, porque en los arrecifes del positivismo hincaba su quilla hasta el más raudo bajel. Y nadie hubiera columbrado allá a lo lejos, entre las brumas de nuestro estuario, cómo emergía ya el acantilado de los primeros principios».

Pues, ¿qué no le debemos nosotros y el mundo al señor Ortega? . . .

. . .

A LA MANERA

de Azorín en cualquiera de sus páginas de menuda evocación o de evocación menuda:

«Don Luis sale de su casa, Anda a pasos cortos, saltarines. Su figura pequeñita se mueve garbosamente, nerviosamente. Atraviesa la calle. La calle es sombrasa. Bordeánla altos árboles copudos. La figura pequeñita de don Luis sigue calle abajo. Camina con premura. Saluda a don Celso, a don Diego, a don Miguel. ¡Buenos hidalgos estos simpáticos hidalgos manchegos! ¿De ellos diré algo al lector? ¿Diré cómo los tres se están a la puerta de sus casonas largas horas? ¿Necesitaré decir cómo, a la

puerta de sus casonas dejan fluir el tiempo e intuyen la triste inanidad de todo? Saben estos buenos hidalgos cómo en España siempre es tarde para cualquier iniciativa renovadora. Y se están quedos, a la puerta de sus casonas, la mirada perdida en la lejanía incierta.

«Don Luis atraviesa la plaza de la Armería y pasa cerca de una fábrica de baldosines. De las chimeneas sale denso humazo. Sus espirales, debilhadas, ascienden lentas. Cae la tarde. Los oteros vecinos se cubren de cendales violáceos, grávidos, neblinosos»,

Pero Azorín—gran miniaturista—olvidó informarnos que don Luis saludó también a don Juan (La Cierva) y, el brazo en alto, a don Francisco (Franco), omisión lamentable la última, ya que hoy puede originarle algún disgustillo.

• • •

A LA MANERA

de Ramón Pérez de Ayala en cualquier novela no pornográfica.

«Don Cosme Reparaz es hombre de tez flamígera. Proclive a todos los goces carnales, don Cosme suele engullir buena copia de viandas, adobadas con toda suerte de especies afrodisíacas. Luego de abastecer su amplio bandullo, discurre por las rúas más

concurridas y en ellas se hispe y gallardea como apuesto don Juan nocheriego. O va al casino, el viejo casino de Torrelodones, donde de vez en vez hecha su partidita de tresillo con don Vespasiano. Al entrar en la sala de juego, la luz de las lamparillas riela sobre su monda sesera y ésta despide azulencas tonalidades metálicas. Sus ojuelos chispean tras las gruesas gafas. Y hay en su carnosa boca sensual cierto regodeo de varón que, henchido de varia experiencia, sabe pertrecharse para todas las lides, bien las de la concupiscencia y la orgía, bien las del poder y la rebatiña sin freno. Que para entrambas don Cosme se siente lobo y no cordero, victimario siempre y nunca víctima.

Y este don Cosme Reparaz—lo advertirá el lector—algo se parece a aquel don Alejandro Lerroux, cuya aseada vida política mereció el respeto de los españoles... que podían respetarlo. Entre ellos, don Ramón Pérez de Ayala.